

Colección de "Lecturas Breves"

Serie 1ª — Nº 6º

OLGA CATALINA

POR

JOSE DE LA CUADRA

Editorial Mundo Moderno

EDITORIAL MUNDO MODERNO

GUAYAQUIL—ECUADOR

1925

Obras publicadas en esta colección

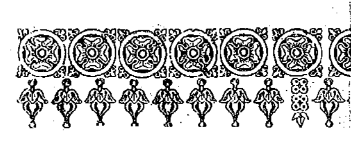
Nº 1—*FLORIDALBA, por Enrique Arai........Precio S|. 0.25
,, 2—La Muñeca Blanca, por Pedro Angelici.. ,, ,, 0.25
,, 3—PERLITA LILA, por José de la Cuadra... ,, ,, 0.50
,, 4—*Las Alucinadas, por Max Rei............ ,, ,, 0.25
,, 5—El Corazón de Juan Luis, por Luis Aníbal Sánchez............. ,, ,, 0.25
,, 6—Olga Catalina, por José de la Cuadra..... ,, ,, 0.50

PEDIDOS A LA

Editorial Mundo Moderno

Casilla, letra A—Guayaquil

NOTA. Los títulos marcados con * sólo se podrán obtener suscribiéndose a la serie de 10 tomos cuyo valor es de TRES SUCRES, o comprando de una vez todos los números publicados.



OLGA CATALINA

Al compañero Carlos Falconí Villagómez.

I.

DETRAS estaba la selva, apenas hollada, vírgen quizá en largas extensiones, vivero de alimañas; i desde la cual, en las tardes, soplaban vaharadas de salvajes aromas i golpes de ruidos misteriosos.

Caballero en *Bubi*—un talamoco enano—en varias ocasiones me había aproximado a los linderos de la selva, sin atreverme a penetrarla, cohibido ante su vieja doncellez.

—Hai una trocha, blanco, que dentra hasta un punto que llaman der Pajonal.

Esto me decía Crisanto, el peón negro, que fuera capataz de la hacienda hasta mi llegada como administrador; i añadía:

—Un compadre mío de allá, me contó de que hai gente.... Un gringo no sé cuanto que vino el año pasao....

La trocha era practicable, i en uno de mis frecuentes ocios, casi sin intención seguí por élla.

....Era una mañana clara. Terciada la carabina a la bandolera, jinete en mi *Bubi* leal, no me arredraba la soledad. Mis lecturas de bachiller huracanaban recuerdos en mi memoria, i suspiraba por el advenimiento de una aventura—al clásico estilo del género—con su inevitable cohorte de fieras i de hombres peor que fieras.

Siguiendo los vuelos de mi imaginación—que era una loca libélula,—apenas prestaba atención a la despampanante belleza de la Naturaleza, desnuda allí, al descubierto la magnificencia de sus encantos; ni a las horas tampoco..

Las repentinas paradas de *Bubi* i sus relinchos, me volvieron a la realidad.... *Bubi* era mi reloj. Miró al cielo, i el sol ardía ya en el cenit; al propio tiempo que un agradable cos-

quilleo en el estómago, delataba un próximo apetito. (Ah, mis formidables apetitos de entonces, lejanos ya, imposibles de tornar a ser!)

Decidí regresar i volví riendas. Calculé el tiempo que había durado mi viaje: cinco horas; i temblé al pensar que sólo al caer la tarde me vería en la hacienda. ante la mesa....

Piqué espuelas, i *Bubi*, hostigado en los ijares, voló...

El sendero se arrastraba en aquel trecho por entre una arboleda gigantesca. Gruesas ramas rozaban los flancos del caballo i mis propias espaldas, i en el suelo, las lluvias —apenas cesadas— habían dejado peligrosos sartenajales.

....Enloquecido de terror, ví que a cortos metros de mí, una rama a medio desgajar intereeptaba el camino a la altura de mi pecho. Quise detener a *Bubi*, pero fue tarde. Tendido por un golpe seco, rodé por el suelo....

I no supe más.

II.

CUANDO abrí los ojos, vi, inclinado sobre mí, un rostro de mujer, anheloso....Era ese rostro tan divinamente bello con sus ojos azules, grandes, serenos, que yo cerré los mios

otra vez, pensando en una angélica visión. El roco de una mano suave sobre mi frente, me incorporó a la realidad, al tiempo que una voz varonil, nombraba:

—Olga Catalina....

Recobrada del todo la conciencia de ser, me revolví, curioso. Tendido en rústico lecho, estaba en una habitación desconocida para mí. Sentada ahora al borde del camastro, la mujer de la visión...

Penetró luego a la estancia un hombre maduro, de raza blanca, con cierto aire de inconfundible majestad en su continente, i cuyo aspecto señalaba en él al tipo europeo del Norte. Detrás, quedamente, entró mi peón.

Me dirigí a Crisanto. ¿Cómo estaba aquí? ¿Qué me había sucedido? Porque apenas si recordaba la escena de la caída....

Crisanto me explicó. Tenía luxada una pierna, i además, en la espalda, serias contusiones. Por supuesto que había quedado sin sentido en el camino, i allí habría estado quién sabe hasta cuando si «este señor gringo i la blanquita, que es su hija», no me hubiesen recogido. El, Crisanto, se inquietó al ver llegar a la hacienda a *Rubí* sin jinete, i partió en mi búsqueda. Me encontró aquí; pero ya «el se-

ñor gringo i la catirita» me habían hecho atender de un curandero.....

A mi pregunta, Crisanto respondió:

—Er sucedido aconteció al mediodía i ahora son las nueve e la noche.

Iba a deshacerme en agradecimientos para con mis salvadores; pero el hombre maduro me impuso silencio con un amable gesto, al propio tiempo que la mujer de la visión, que permanecía cerca de mí, me pasó dulcemente la mano por los labios.

Dejé caer los párpados, amodorrado. Tenía fiebre.

III

Mi convalescencia fue larga. Acometíanme dolores agudísimos, i el «sobador» —un boliviano charlatán—había prescrito absoluta inmovilidad. Tres semanas estuve postrado en el lecho.

Olga Catalina—tal era su nombre—era mi enfermera. Solícita, esta linda mujercita de veinte años, guardaba inconcebibles energías en su cuerpecito i sobrada caridad en su alma, para soportar las veladas a que la obligaban mis dolencias. A cada paso, su comportarse evocaba en mí el recuerdo de mi hermana

Fernanda, a quien hoi la tierra come. Para el enfermo, que el dolor volvía hosco i desabrido, Olga Catalina sólo tenía su sonrisa. . . (¡Cómo ella nunca nadie habrá de sonreir!)

Apenas hablaba el castellano, así que nuestras conversaciones se hacían en francés. Extraña asímismo a la lengua gala, la ceceaba i suprimía las *erres* modosamente, como las currutacas del primer Imperio.

Procuraba evitar todo cuanto a su vida anterior se refería. A cierta pregunta mía, respondió una vez:

—Nosotros somos de Helsingfords. . . . Pero bien pudimos haber nacido en Mukden. . . . o en Nueva York.

I nada más.

El padre,—cuyo nombre nunca logré pronunciar,—hablaba menos conmigo; pues, desconociendo el francés, ni siquiera quedaba este recurso, i sólo podíamos charlar «a través de Olga Catalina.

Cuando yo traté en él de hurgar el pasado, me hizo responder:

—Somos unos pobres inmigrantes como tantos otros que vienen a esta tierra vuestra . . Ecuador nos ha dado todo: un cuadro de montaña i aperos para labrarlo. ¡Vaya desde nues-

tros corazones agradecidos, un voto por la grandeza de esta buena patria de los que no hai ninguna!

—¡Pero la vuestra!—Salté yo.

I a Olga Catalina se le escapó esta frase:

—!Todo, lo hemos perdido!

Recuerdo, también, que cierta vez, embebecido en la contemplación de la elegante silueta de Olga Catalina, la dije:

—Paréceme que su pie, Olga Catalina supiese del piso de los salones reales. i su cabeza, de los esplendores de la corona.

I ella, pálida, se estremeció nerviosamente i me miró a los ojos: por los de ella vi pasar la sombra del miedo.

IV.

EN cuanto pude tenerme en pies, abandoné el lecho. Apoyado en un bastón, ensayaba a andar, mientras Olga Catalina me sostenía por la espalda. Excurcionaba por los alrededores de la humilde covacha, auxiliado por mi bella enfermerita que me iba enseñando los progresos alcanzados por su padre en aquel trozo de la selva. Aquí i allá, la mano sabia del civilizado había hecho prodigios, desmontando

i roturando, para dedicarlos al cultivo, sendos quintales, donde ya comenzaban a brotar las plantas útiles. A la orilla de un arroyuelo juguetón, un establo nacía, i en él, oroudas i pacíficas, hasta tres vacas ramoneaban con sus crías. El gringo era emprendedor, sin duda, i pronto tornaría aquéllo en una mina de riqueza.

—¿Piensa su padre demorar aquí largo tiempo?

—A lo que parece, sí. Él, como todos, quiere hacer fortuna.

¡Él, como todos! ¿Por qué esas palabras de sentido fácil sonaron extrañas a mi oído? ¡Él, como todos!....

Con los días, ya no me fue necesario el báculo; pero entonces, me apoyaba en el brazo de mi enfermerita i hacíamos más largos nuestros paseos por el campo. Casi restablecido, precisó hablar de mi regreso. Crisanto, que venía frecuentemente de la hacienda trayéndome cuanto requería, me avisó un día que, a la siguiente mañana, vendrían peones para conducirme en una suerte de camilla trabajada a propósito.

Esperé la hora del paseo vespertino para comunicar a Olga Catalina mi regreso inevitable... Yo pedía, por supuesto, perdón por

las molestias que involuntariamente había ocasionado; pero ellos debían estar seguros de que mi corazón sería fértil a la gratitud: en cualquier dificultad, que acudieran a mí....antes que a Dios mismo.

Ella acogió silenciosa mis palabras i esquivó el rostro, mirando hacia otra parte, para ocultarme la clase de emoción que la había producido....Nunca habíamos hablado de amor; pero esa tarde lo hicimos, i ella fue quien inició el tema....Ah! ella no había amado aún.... Verdad que no estaba en edad. Pero, así como así, los hombres éramos unos entes miserables. Ella los despreciaba a todos. Como amigos, bien; pero como otra cosa....¡no! Con todo, comprendía lo fatal. Algún día....

¿I aquella charla extraña, terminó con esta frase de ella:

—¿A quién, a quién, Dios mío, habré yo de amar? ¿Quién será el que....?

Se interrumpió. Por tácito acuerdo, no hablamos más en el todo el resto del paseo.

Al otro día, al despedirme—yo no me imaginaba que para siempre,—vi en los ojos de Olga Catalina, temblar una lágrima.

(¿Fue ilusión? Quizá. Pero sería para mí mui doloroso pensar que eso—lo único— no fue realidad).

—¡Volveré, pronto; volveré!

I nunca más iba a volver...

V.

IMPOSIBILITADO aún para el trabajo rudo del campo, en la hacienda lo solo que hacía era leer. Hojeaba pasadas revistas francesas de la Guerra, periódicos, libros. Sentado en un viejo sillón frailero, mientras releía lo que tantas veces había leído, meditaba una próxima excursión al Pajonal por ver a mi linda enfermerita, cuyo recuerdo no se apartaba de mí.

Una tarde, mientras revisaba una de aquellas revistas, me interesó sobremanera cierto artículo, ilustrado con fotografías, sobre la nobleza rusa que segó la cuchilla bolchevique. Entre las víctimas, figuraban el czar y su familia, príncipes, grandes duques....Al volver una hoja, un retrato de hombre atrajo irresistiblemente mi mirada....¡No; no cabia un ápice de duda! ¡Era él, el gringo inmigrante del Pajonal! La leyenda decía: «Desapareci-

do.—Gran Duque Alexis.» —El gran duque Alexis, primo del Czar. desapareció de Helsingfords con su hija Olga Catalina el 15 de..

No pude seguir leyendo. En ese momento, Crisanto, pálido, tartajoso al hablar, interrumpió en la estancia.

—¡Patrón, patrón, que desgracia! ¡Pobre blanquita, tan buena! ¿No sabe? Se la robaron los brutos....¡Ah, pero er día que caigan!

—¡Explicate. hombre! ¿A quién han raptado?

—A la gringuita, pues, a la niña Catalina. Los montoneros esos....Me contó mi compadre, er de allá dentro....

Olvidado de mi pierna luxada, me erguí bruscamente i comenzé a dar las órdenes más contradictorias:

—¡Ensilla a *Bubi*! ¡Prepara la lanchita! ¡No, pon un telegrama a....! ¡Llama a la peonada i reparte armas....! Iremos....

Crisanto me oía sin hacer ademán de moverse.

—¡Ea, poltrón, qué haces ahi!

Reposado me replicó:

—La cosa jué anteayer....

Comprendí. Era inútil cuanto se hiciera.



Aniquilado, roto, me desplomé en el sillón como un pelele, con ganas de gritar mi dolor rabioso, de ahogarlo en llanto.

Nunca como esa vez he comprendido la humana impotencia ante lo irreparable....

—Olga Catalina! Olga Catalina....!

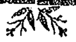
José de la CUADRA.

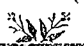
María Jesús

BREVE NOVELA CAMPESINA

POR

Medardo Ángel Silva.





DEDICATORIA

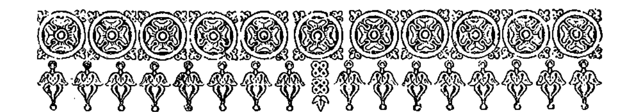
a José Eduardo Molestina.

Amigo: tengo el alma como un búcaro lleno de florecillas de nuestros campos; de ella tomo la que me es más querida; una violeta color de ojera, regada por el llanto de una emoción inolvidable. Acéptela. I cuando vuelva a su reino mi espíritu desterrado en el mundo deshoje sus pétalos i aspire en ellos el doloroso perfume de mi recuerdo.

Medardo Angel.



40 % de comisión pagamos a las se-
ñoritas que deseen encargarse de la
venta de nuestras publicaciones---Ocu-
rra a nuestra oficina i se convencerá.



MARIA JESUS

I.

VUELVO a vosotros—campos de mi tierra —mal herido del alma, huyendo del tumulto de la ciudad en que viven los malos hombres que nos hacen desconfiados, i las malas mujeres que nos hacen tristes.

En una curva de mi camino detengo el paso doloroso para evocaros, tierra de promisión digna de las dulces cañas de la égloga. A esta hora crepuscular en que os evoco, estareis húmedas campiñas olorosas a yerba buena i alfalfa, goteada de rocío, preparando vuestras ma-

ravillosas escenografías de ocaso; para el rojo drama del poniente: la decapitación del rey solar tras la guillotina de los cerros. I luego, cuando baja la noche su telón de seda estrellada i huele a mango i tamarindo la brisa suave de plumones de garza, i trasciende su dulzura el chirimoyo i se evaporan los floridos naranjos, tú, solemne campo del anochecer, estarás atento al músico río que habla, con voz enronquecida de cancagua, sibilinas, palabras i a la flauta del sapo que estrena, plateado de luna, su levita verde i al violín que rasca el grillo que hospedan los gamalotes i al patio del chagüiz burlón. Acaso irá, bordeando la vega, un peón que canta una de esas canciones sencillas i tristes que hablan de amores, de besos, de sangre. I la voz, dulcificada por el viento que arrulla el platanal i rige el cabeceo de las palmas, se hundirá en el silencio nocturno como una queja de pájaro herido o rodará como una lágrima sobre el rostro de la noche azul i dorada....

Bendita, verde tierra, que fuiste caricia para mis ojos i reposorio i balsámico aceite para mi corazón. Dame la ingenua paz del espíritu, la santa sencillez del alma, la claridad de tus albas que sonrosan los cielos del color de las mejillas adolescentes, la transparencia de tu

río que se enrosca a manera de musculoso brazo i te oprime besándote. I que, un día, retorne a ti cuando esté mi cuerpo maduro para la eterna cosecha, i me lleven a dormir el largo sueño en el hermoso cementerio del pueblo; i que de mí carne dolorida brote, después, un ramo alegre de florecillas de los campos en cuyos cálices beban las gotitas del cielo, las irrisadas mariposas campesinas i los agrestes pájaros.

II.

COMO una garza albeaba, en la verdura de las palmas i el oro bruñido de los anchos platanales, la casa de la hacienda.

Era un recodo del río donde el agua tenía apariencias de ondulado *surah* verde a la sombra tembladora de las ramas. Como un beso de bienvenida oreo mi rostro el viento de campesino aroma; las rejeras raboneaban copiando en sus grandes ojos húmedos, la calma de los campos i, viéndolas, comprendí el sonante verso de Carducci: «il divino dei pian silenzo verde....»

Al saltar me rodearon los curtidos rostros de los peones familiares: eran viejos amigos i más de uno me llevó en el arzón de su montu-

ra, cuando yo era un niño i tenía ojos alegres como estrellas de Mayo i una risa tan sonora como un cascabel; i no era melancólico.

Cordial, vino a mi don Simón, el mayordomo: Pero está hombre! decíame, sonriendo, el bonachón; i, en secreto· Se que escribe en los periódicos.. ...I yo incliné la cabeza, confundido, en confesión de mi falta.

III.

CLARÍN del gallo anunciador del alba, sonrisa de oro del sol sobre los campos; mugido patriarcal del buei en cándida evocación bothlemita, dulzura acariciante de la brisa mañanera; i las perlas del agua sobre el raso verdeante de la campiña, i la flauta del azulejo que cantaba balanceándose en retorcido algarrobo; i los hombres rudos con el machete en la cintura en raudos potros de alegres relinchos; i la leche de azulada espuma tibia, olorosa a maternales ubres de la rejera que se acababa de ordeñar; i el gemido obstinado del ternerito que pedía su lactación; i la mórbida, la sedosa blancura con estrías de oro, del suche que decoraba mi ventana; i el sentir el alma

como un nido de pájaros......Oh, mañanas divinas del campo, en la primavera........!

Como se saludaran despierto a esa hora temprana alguien llamó a mi puerta.

Era una mocita morena, bien garrida; traíme oloroso desayuno i dióme los buenos días con *voz* musical de fresca resonancia.

—Cómo te llamas? le pregunté.

—No se acuerda, señor no se acuerda, de María Jesús?

Oh, sí: María Jesús, si. Que crecida. Sabes? Estás bonita. María Jesús sonrió.

I recordaba: esta María Jesús tenía una historia; era hija de un revolucionario, un montonero bravo como un tigre i una señorita primojenita de rico hacendado. Un día murió la madre, --veinticinco años, trenzas rubias ojos tristes, frente lunar i empalidecida—de una enfermedad ignorada; una noche murió el padre luchando en la maraña palúdica, luchando contra los hombres del gobierno. Mi tío, padrino de María Jesús, recogió a la huérfana que no tenía deudos, ni dinero, porque el gobierno—o su gente—quemó la hacienda, destrozó los sembríos i mató las reses que no pudo pillar: había hecho justicia.

María Jesús tenía entonces quince años, lindos como quince rosas; los ojos negros de mirar hondo i triste: la tez morena de manzana madura i el pelo azuleante de lo negro, i la boca sensual del progenitor audaz i bravo i los senos duros como frutos verdes, estrujados en el vestido blanco, limpísimo......

I esta sed de amor esta fiebre maldita que me consume sin tregua, que arde inextingible, hoguera alimentada por mi propio corazón, hizo inclinar mi alma sobre el cristal diáfano de su alma cándida; i preguntéle, ya temblando la voz con el divino, con el mil veces sabido i deseado, temblor de la pasión recién nacida:

I tu ¿me recuerdas?......

IV.

TRAS el bosque dormido, la Noche avanzaba, extendiendo sobre los campos silenciosos, la sombra de sus grandes ojos azules salpicados de astros.

En la antigua sala que tuvo, en pretéritos días, rurales elegancias, el viejo Pleyel cubría un rectángulo.

Acababan de traerme un encargo de piezas de mis autores favoritos: Grieg, Chopín,

Brahms, dulces aliviadores de mis nostalgias juveniles.

María Jesús, con un enorme ramo de flores entró, luciendo su fresca sonrisa i su moño lila i sus ojos húmedos siempre como un cielo estrellado de otoño, tras la lluvia.

En el viejo vaso de porcelana azul—donde un mandarín, bajo minúsculo cerezo florido, muequeaba con bizarra actitud decapitante, un kimono de oro i negro-las flores temblaban como estremecidas aun del dolor de haber abandonado sus ramas.

Por la ventana una llovizna de ópalo diluido se venía del campo i María Jesús anunció:

—La luna!....

I la cola felpuda del gato señaló el rostro empolvado de la reina fantasma que adelantaba arrastrando la túnica de algodón de una rizada nube.

Carraspeó, afuera, el grillo i un azulejo probó su flautín en dos largos trémolos......

Yo sentía en mi alma un dulce peso de lágrimas i emoción contenida.

Como en ensayo pulsé un «la bemol» i a la presión del índice la cuerda se quejó en un suspiro metálico....

Era el divino Nocturno Op. 9 del celeste mago de Polonia. No sé que embriaguez de mi propia emoción me poseía i mi misma torpeza de ejecutante, vencida por arrebato inesperado, hallaba extrañas pulsaciones i desconocidos acentos para interpretar la melancolía desoladora del poeta del clavicordio.

La noche estrellada sobre los campos ahitos de silencio....la luna, desnuda como una blanca emperatriz, divina de impureza, en el triclinio azul del profundo cielo......i aquel perfume de naranjos en flores......i aquel pájaro burlesco trasnochador cantante que retornaba al nido, silvando el «leit motiv» de su agreste ópera........i aquel piano antiguo, evocador de pretéritas sonoridades, rosados por unos dedos trémulos....i aquel Nocturno de encanto que vence toda expresión verbal, en la noche, en el campo bajo la luna!....

Terminado el poema, estremecido de no sé que sueños, volvíme hacia mi dulce amiga: yacia en la penumbra violeta de la sala, cerca del balcón, i la luna le hacia un halo de santa, i su gracia leve me sugería vírgenes empalidecidas de Boticelli o Barnes Jones, o bien aquella beata Beatrix del extático prerrafaelita inglés Dante Gabriel Rossetti; i sus manos de

rosas transparentes cubrían su rostro inclinado en un escarzo de llanto i su cuerpo temblaba como una gran magnolia movida por el viento.

....Qué tienes?....

I ella volviendo a mí sus ojos, rebosantes de infinito, me acarició con su negra mirada:

—No sé......es que esa música hace dar una penita......dijo, i se inclinó llorando.

V.

LA tarde se mustiaba como una amapola i la sangre del día expirante puso rosa el agua, obscura en los remanzos, bajo las ramas trémulas.

Palidecía el cielo como un pabellón antiguo. Un lila desfallecimiento de ojera anunciaba la sombra en marcha i ya una lágrima azulina—Venus—temblaba en la faz dulce del crepúsculo.

Como otra lágrima, una estrella errante cayó en el inmenso búcaro de la selva lejana..

Sobre el verdor musgoso de los campos, de donde ascendía la noche, erraban ligeras sombras confusas—ganado que pastoreaban los vaqueros—haciendo un ruido opaco del río creciente; pero, en la cúspide bamboleante de

los árboles, todo era dorado por el áureo resplandor de aquella tarde rubia de un agónico Setiembre......

Paseabamos, lentos, desfalleciendo de una exquisita lánguidez, tan juntos que el hálito de su boca, roja i fresca parecido al granado, rizaba mis guedejas como una brisa de infinita dulcedumbre; i sentíamos leves el paso harmonioso de las horas alígeras.

Decíale, en voz baja, como un susurro, mis amorosas letanías:

Tus senos son como dos palomitas asustadas; i parecen dos pájaros friolentos; i son como dos lunas recién nacidas; como pompas de jabón; como ánforas minusculas de alabastros; como lirios sin tallos; como rosas campánulas; como cálices invertidos; como pequeñas cúpulas de un templo consagrado á Anadyomena; como esféricos vasos de Tanagra llenos de láctea miel......

Huelen a reseda; a p i e l m a c e r a d a en p e r f u m e s; a carne virgen; a bucarales olorosos; a limonero en flor; rea, que da vértigos i fiebre como una picadura de un venenoso réptil, i que oprime las sienes; como un aroma vivo, que turba, quema un aro de piedra, que es como el relente de ciertas no-

ches en la selva, cuando respiran, abriendo los cálices ponzoñosos, las plantas maléficas....

Dentro del corazón, murmuraba, como en los sueños de los adolescentes lascivos, la voz mala del consejero, del viejo Pan, señor de las florestas....

Háblame siempre así, decíame palpitante.

Yo proseguía rezándole mis fervientes salmos; i eran el elogio de su divino acento memorable:

Tu voz suena como el cristal de ola voluble; como una fuente en el parque de una casa maldita; es una red cuyas urdimbres de notas cazan almas; Cleopatra, Salomé, Belkiss i Loreley, tuvieron esa voz, que es como un pebetero de esencias melódicas; Edipo la oyó en Grecia, así hablaba la Esfinge....También la oyeron bajo los cielos gemados del Archipiélago los marinos de la Odisea......

Pero, si vibra, tu voz es como una mosca de seda que nos acaricia el alma; como múltiples besos sobre la piel electrizada; como un vaso de agua cuando se tiene sed......En la faz nubia de la noche brillan los lunares de oro de las estrellas......

VI.

AGUA dormida, agua triste i serena, inmóvil cristal que me hace soñar tanto! Yo he presenciado tus vagas fiestas de colores, tus decoraciones fantásticas, tus caprichos i tus maravillas. Nadie, como tú, tiene el secreto de esas pálidas i deliciosas sinfonías cromaticas en que el opalo, el berilo, el celeste se confunden en una sola tonalidad languidescente. Agua—violeta, carmín, amarilla—del crepúsculo: agua soñolienta a la sombra de las húmedas hojas de esmeralda.

Boca sellada, onda muda i lengua hermética; onda de paz; así han de ser las aguas grises del Océano Pacífico de la Muerte!

¡Cómo en tu mutismo hablas al corazón i me llenas de inefables pensamientos de Poesía! Diafana, pura, casta, en tu espejo divino jamás se vieron las sombras entrelazadas de los amantes; solo, en ciertas noches, rasga sobre tí la luna sus gasas níveas, deshoja en tus remansos la luna sus azucenas blancas, retrata en tu espejo la luna su frente pensativa. I tu la besas la miras, i te la llevas cantando, arrullándola, como a una niña enferma.

Pero era tarde, aquella tarde perenne en el recuerdo, tú viste como temblaban nuestras sombras, porque un largo escalofrío estremeció tu cabellera, verde, en la hora crepuscular, como la cabellera de las sirenas: agua dormida, agua triste i serena, inmóvil cristal que me haces soñar tanto....

VII

AL mediodía rumor de galopante caballo me hizo dejar a un lado el libro que me entretenía la siesta Jhon Keats Poems. Era el peón que tornaba del pueblo. De la alforja panzuda comenzó a sacar cosas: bollos de raspadura, natillas, tamborés, i pan fresco. Amás un pañuelo grande, color sangre de gallo i unos metros de cinta rosa: encargos de sus parientes. En el portal junto al gallinero, rodeabanle i él, sabedor de su importancia, repartía con parsimonia lo traído i—valija parlante—noticiaba cuànto sabía de la vida pueblerina. Su hermanita, mientras, desgranaba una mazorca, de amarillas perlas, ante la glotona república del corral a la vista de *Clavel*, el gallo giro del mayordomo, que cacareaba, entrabado desde una esquina....

De repente el mensajero enserío la cara. Saben—dijo al corro—habló con el ñato Lorenzo, el de la Rural i me dijo que venía de enterrar a Chinto Briones, que lo mató el caballo del Teniente........

Todos callaron, porque todos conocían a Chinto, gran chalán i peón viejo de la hacienda i renombrado contador de cuentos de aparecidos, de brujas i maleficios. Hasta yo evoqué la brava figura del recio montuvio siempre de blanco, machete de tres clavos, «jipi» flamante i roncadoras espuelas, haciendo vibrar el plazarte en la nervuda siniestra i con el rostro color de tierra: cocida, latigueando por ancha cicatriz.

Lo recordé...i recordé una mañana en que me puse a llorar de verlo tan feo, al llevarme en el delantero de su caballo—era en los días de mi sonriente niñez—i los apuros del hombre por hacerme callar i cómo hizo cuanto era mi deseo; i después lo amigos que éramos, i las correrías por los potreros, viendo huir el ganado, que apenas si movía la cola abanicándose los cínifes i las moscas.

Pero en lo que no tuvo rival era en referir los consejos, las apariciones, los entierros i las brujerías....

—Cuéntate lo de la viuda, le decíamos.

I Chinto:

«Una noche bien negra, en el estero de Pula....»i comenzaba el relato de como vió la crucecita roja, el ataud i la sombra de la madre cuyas lágrimas caían, con un ruido oscuro en el agua.

Otras veces era la historia de un entierro o la del hombre sin cabeza o del fraile del tamarindo.

Después, caro pagabamos la oída del cuento, porque, apenas anochecía temblábamos de supersticioso miedo. Aun hoi recuerdo aquellas noches de mis inquietos años infantiles: Sonadas las nueve nos desvestían; a mí i a un primo pequeño; mi dulce madre me daba la bendición, un beso mui suave en la frente i rezabamos, ante el San Luís Gonzaga de la cabecera de mi lecho. Solo ya, para no ver lo negro de la pieza en sombra, cerraba los ojos, atento hasta al rumor de mi sangre, i el enloquecido Waltam de mi corazón que golpeaba ligero, rítmico. Mi primo hacía lo propio i así escuchabamos el doble palpitar de nuestros pechos.

De pronto se oía el alerta agudo de un perro que aullaba contra el fantasma de la luna descolorida. Luego, más allá del río negro

manchado de amarillenta claridad lunar, resonaba un quejido largo como el ¡ay! de una mujer con los dolores del alumbramiento; i, luego, otro más lejos.....i otro....i muchos aun en la noche embrujada. Hasta el límite extremo del campo, todo era un concierto de aullídos entrecortados a la luz de aquella maldita luna terrosa

Los viejos dogos leales de la hacienda—oh, misterio!—callaban, o apenas era el suyo un sordo gruñir de desconfianza. Pero los flacos mastines que husmean en las orillas los cadáveres de las reses con el largo hocico sin alzar, elevaban en la noche siniestra sus voces agoreras i quejumbrosas, con cierta horrible fatiga, como los rezos de los agonizantes.

Era una hora tremenda para nosotros, desvelados en nuestras camas, junto a la vieja nodriza que dormía indiferente. Evocamos todos los cuentos fantásticos i las leyendas campesinas, sangrientas i misteriosas, con brujas i vampiros, descabezados i jinetes diabolicos en cabalguras de ojos fosforecentes i narices que regaban hálitos de fuego. El horror escalofriaba nuestros cuerpos i la casa de campo se nos volvía hostil como un castillo de encantamiento poblado de duendes i ogresas.

Recordabamos aquellos perros sin lanas sucios i enflaquecidos, de cuyos dientes vimos, más de una vez, colgar un trozo de carne ahogada; i los veíamos dando esos aullidos temblorosos i esos ladridos roncos en torno al bracero en que las brujas ponían al azador el cuerpo de un niño desobediente.

Al fin, nos dormíamos, rota el alma de miedo, soñando con lás visiones sin nombre que engendra, en los cerebros de los niños aquella horrible hada nocturna que se llama la pesadilla.

I, según el decir del rústico cuentista, a esa hora la *Muerte* iba, por los campos nocturnos, jinete en cadavérico bayo, envuelta en rojo poncho manabita, con un garabato i un enorme machete en la zurda....

VIII.

POR el cielo negrísimo de caoba pulida, entre nubes crespas erraba la luna como un fantasma. La cancagua, en el río crecido por las lluvias, rugía sordamente empenachada de espuma. El chirriante concierto de los mosquitos irritaba el tímpano. Aullaban los perros en la campiña i las lechuzas, describiendo

una ligera Z, en el aire negro, volaban hacia los algarrobos.

Yacía en la hamaca, en penoso duerme—vela, cuando me despertó el rumor de algo parecido a un lejano trueno que venía, una especie de mugido subterráneo en avance. No poco preocupado me lancé del lecho a la ventana abierta en la cálida noche. El viento zumbaba en los tamarindos i en las hojas del platanal se agitaban como grandes pañuelos verdes en las húmedas sombras.

Por el camino que orillaba la tembladera—inmóvil ojo verde en que la luna, al aparecer furtiva, fingía una niña-avanzaba un tropel confuso de sombras veloces.

Como alguien pensó en los montoneros, todos, casi, estabamos despiertos.

En confusión de pezuñas, cuernos i corpulencias, preso de un pánico de cataclismo, como si un horror extraterreno espoleara sus flancos, el ganado—diez mil cabezas—en un espantoso galope, huía.

La luna, corriendo paralelamente en la altura acompañaba esa vertiginosa cabalgata i parecía que las bestias, deslumbradas por la desnudez de la luna: huyeran de ella, inclinando los potentes i cerdosos testuces. Era un

episodio de *sabat* campestre, un retornar a las milenarias edades o a un anticipo del Apocalipsis.

Juan Domínguez el vaquero explicóme el caso: a la muerte de su dueño, si este es hombre de mal vivir, asústase el ganado, i huye por los campos: es una antigua abusión.

La abusión, es en el campo, el nombre de las supersticiones tradicionales.

Sobre la campiña solitaria huían las reses. Por el cielo negrísimo fugaba la luna, como con un celeste pánico

Al otro día anunció un boga:

—Sepan: anoche murió don Crisanto el de las «Cañitas»....

Se hizo un silencio profundo, sobre las frentes broncíneas e inclinadas, una fúnebre idea, negro pájaro del país de la Muerte, pasó agitando sus blandas alas de murciélago.

IX

MARCABA el paso de la noche, en la bahía, la sombra de un ala violeta. En la estancia, roja de la sangre del crepúsculo, se ahogaba la luz. El llanto de un niño hacía más triste el paso de la hora cargada de recuer-

dos.... Un viento helado, cortante, desentumecía, afuera sus negras alas de tiniebla; tras la ventana contra la espiga bermeja de la lámpara se bamboleaba un murciélago danzando, como un pedazo de la noche, en el aire de abenuz; insistían en sus arrullos las palomas de Castilla, de corpiños tornasolados i blancos; i el silencio besaba con sus hálidos labios de seda, los corazones encendidos de las rosas del crepúsculo.

Su mano entre la mía temblaba como alita de un pajarillo asustado; sus ojos se velaban con las pestañas cuya larga sombra hacía más lóbrego el surco de la ojera. Con postrer escalofrío de luz murió la tarde; las cosas se borraban en una penumbra que olía a campo. Su voz i la mía enlazaban su acorde harmónico; mas luego, refugiándose en mi pecho, clamó: No hablemos....

Si—la dije—no hablemos: nuestras voces opacas de amargura, matarían el encanto de este silencio. Recemos nuestra oración cuotidiana por los que nunca han de ver horas tan bellas como éstas: i, antes que se extingan en el cielo las últimas rosas de luz de la tarde. déjame besar tus párpados, tus párpados cerrados sobre la media noche estrellada de tus ojos.....

I la besé, temblando: como una luz ténue de luna rielando en un agua tranquila volaba una sonrisa de paz sobre sus labios entreabiertos como cáliz de purpúrea amapola a medio abrir; un éxtasis de inenarrable dulcedumbre aquietaba la eurítmia de su cuerpo adolescente en plácido abandono de incitante languidez.

Empezaba a llover i la tierra exahalaba olores húmedos.......

En ese instante huyendo de la lluvia penetró una mariposa negra por la ventana, revoló ciegamente en derredor de la lámpara, i, súbita, cayó en el pecho de élla, aleteando como un lazo de luto.

A pena de recordarla, me erguí reteniendo un grito....

De la otra orilla trajo el viento el eco de una canción popular: una frase trunca, dolorosa de presagios:

....«si tu amor no ha de durar»....

X.

—Mira que lindo el suche mojado! Es como una flor de seda....

—Se parece a tus manos.

La voz de María Jesús sonó....profunda, bajo la verde cúpula de un brusquero.

Junto a mi, decíame señalando una pareja de estrellas.

—Vélas, qué unidas: esas somos nosotros ......

La pobre niña ignoraba que ninguna lei celeste les unía i que luego continuarían separadas, su eterno, su inalterable viaje.

—En ese barranco—decíame—una tarde i muchas estuve con tu mamá; yo era pequeña—¿me recuerdas?—tenía el pelo corto i lloraba siempre. Tu madre—tan buena con sus manos de mariposa blancas!—me enseñaba a bordar; yo la quería, cuando estaba triste ella me besaba en la frente, con los mismos labios que te besaba a ti, despues de aquel beso, yo me ponía a llorar, pero era de alegría......

Calló......Mi labio libaba en su boca un beso interminable. Un recuerdo puro como una garza de nivoso plumaje nos acariciaba i mi pensamiento, golondrina emigratoria, voló a una ciudad, a una calle apasible, a una casa silenciosa donde una mujer de serena hermosura, cosía, a la luz rosa de la lámpara, pensando en su hijo ausente......

Las estrellas gemelas, a la símple vista, se habían alejado, la una ya caída en el horizonte chispeaba temblando como una lágrima. Pero en el agua oscura, se duplicaban millones de nuevas estrellas.

Como la negra ala de un pájaro agorero su cabello ondeaba a la brisa. Yo miraba como aparecían, al par, los astros recién nacidos, en el cielo i en sus ojos.

Abajo la caneagua mugía i entre sus espumas brillaban las estrellas en un maravilloso espectáculo.

—Vé—gritó palmoteando—vé las estrellas; ven, tonto, vamos a cogerlas.

Sonreíamos como dos niños ébrios de la miel de la vida.

María Jesús avanzó al barranco, seguíla yo bromeando. De pronto algo espantoso sucedió: el ondeante vestido blanco se prendió a una rama, el cuerpo airoso volvióse a librarse del garfio punzante, pero, vaciló i como si la misma mano del satánico destino la empujara vacilando rodó al brillante oleaje. Fue un segundo, un eterno segundo de horror. Inmovilizado por la emoción, con toda su claridad trágica miré la escena cuando el cuerpo amado rodó al río, dí un grito horrible

que me causó miedo a mi mismo......i no se más...

....

....

Así murió María Jesús por querer mirar de cerca las estrellas.

....

....

ENVIO

Al dulce espíritu de María Jesús en el Reino de las Vírgenes.

Tú que en el coro celeste de las elegidas, cantas con voz divina de extraterreno acento, los salmos i las prosas de los que ven en el rostro de la Verdad Eterna, más allá de los siete círculos del perecero tiempo; tú cuya alma escogida, fue cara i pura como linfa de manantial, trausparente como un alba, diáfana como el rayo lunar, breve como un suspiro, casta como un sueño de adolescente, como los lirios que no saben pecar, como las azucenas cuyos corazones de nieve no incendia la lujuria; tú, por quien mi alma, triste de las fraunalias mundanas, se ungió de serenidad, en un baño en el algo de la Pureza; tú, cuyas manos, pródigas

en mimos inocentes, me llevaron, en un dulce retorno a los cándidos tiempos de mi niñez; cuyos labios, ungidos de fresco aroma, susurraron en mi oído sencillas frases que sabían a corazón sin mancha i me dijeron las únicas palabras de verdad que escuché de boca femenina, tú, que hiciste de mi alma celaje de aurora; horizonte vespertino de áurea claridad, noche estrellada; tú, bella, buena i triste, como el crepúsculo, i breve como tal. oh, amiga mia, oh amada, por un instante aleja tu oido de la música celeste de las esferas i el coro de las Virtudes, Tronos i Dominaciones, para que llegue a tu espíritu no perecedero, el rumor ronco, mezcla de oración i blasfemia, de canto i de sollozo del que probó a que sabía tu boca, adorable nirvana de indecible goce.

Como veinte rosas ensangrentadas coronan mi frente, veinte años locos; como dijera ese divino pecador i poeta errabundo que te leía siempre, i tu apenas comprendías, un viento maligno arroja mi corazón de aquí a allá parecido a la hoja muerta, cuyo destino es el símbolo mío: después de tu ida solo conozco labios que mientan i manos que se tienden a estrangular mis sueños i bellos ojos hóstiles que

se gozan con el espectáculo de mi corazón sangriento:

La noche me trae tu recuerdo i mi ventura, entre los pliegues bordados de astros, de su lóbrega túnica: i la estrella, i la nube i la orilla remota i el copo desvaneceente de espuma todo lo imposible, lo lejano, lo inmaterial e incanzable—me evocan tu silueta de vírgen bíblica, ya sólo mirable en el espejo turbio del sueño o en los lagos del recuerdo

¿Recuerdas el jazmín con que señalaste una página bella de María —la historia de la virgen colombiana, cuyo nombre perennizó un romántico enamorado i poeta—esa tarde que me dijiste, sonriendo, que moririas como ella?.... Aquí está, ya seco, pero seco i fragante para mi adoración de amador de imposibles....

¿I el pañuelo confidente que recogió tus lágrimas?......

¿I el rizo crespo, única parte de tí misma que es concedida a mis besos, que guardo junto a mi?

Yo que he cantado en áureos versos decadantes fantasías, a un son de Dukas Debussy: que elogié las gracias malignas de las princesas legendarias que mezclaban el perfume de la sangre, al sabor de los besos i cuyas siluetas

describía, en armoniosos suspiros rimados, como Beardoley o Dulac, dando a las estrofas colores de rosás parversas i sonidos desfallecientes de refinadas voluptuosidades; yo que gravé en jonio mármol himnos a Dionysos i Afrodita; que modeló en Tanagras leves figurillas danzantes de efebos i ninfas, de sátiros i oceánides, i, en las cálidas sestas soplé la siringa panida del dios capripeda, ceñido de pámpanos i ebrio de una lírica i pagana embriaguez, yo exquisito de mi siglo, refinado i complicado, que no puede llorar por que odia el gesto que desordena la armonía facial i el grito que desdibuja los labios i el llanto que nubla los ojos; yo, que ahogo en risa el naciente sollozo i juego con mis dolores como un león con sus aros de papel; pongo en estas páginas, puras como el alma de la que les dió vida, la más noble i casta, la más bella piedra preciosa de mis cofres de rajah lírico: la perla de una lágrima!

Así termina esta breve novela escrita en MCMXVIII en el mes de Abril.

FIN.

A nuestros lectores

El buen éxito alcanzado con nuestro cuarto número, que contiene

Las Alucinadas

breve pero interesante novelita en la cual MAX REI nos descubre el humano dolor que emana de dos corazones femeninos nacidos para amar i que hiriera la desilución, nos anima a ofrecerles desde ahora, otro libro del mismo autor. Proximamente publicaremos el 1er. número de la 2ª serie de esta colección. i en él

GRAVE OFENSA

dolorosa novela que es un intenso drama tomado de la vida real, i encierra todo el tesoro de emociones, inquietudes i sentimientalismos que habían de culminar en una irremediable tragedia de amor, al apagarse súbita i misteriosamente una juventud que fuera como milagrosa fuente de idealidad i de pasión.



EN EL CINE

PANCHO Sierra se hallaba desde hacía ya un año en la capital, de regreso de Europa. Su lucido título de ingeniero, obtenido en una de las mejores universidades de Suiza, le había valido el espléndido regalo de diez mil francos de parte de su padre, para que antes del regreso paseara i se divirtiera un poco.

Desgraciadamente la vida interna del colegio le había privado de esa práctica i conocimiento del mundo de que tanto necesitan los jóvenes al entrar en los veinte i pico, de manera que, hallándose libres en una ciudad eu-

ropea i con algo de dinero, no caigan en abismos tremendos. Esto le sucedió a Pancho; recomendado a una familia burguesa para que con ella pasara los domingos i días de salida fuera del internado, no conoció sino a aquella, compuesta de la señora Brunilde, gorda i colorada, cuyo programa para cada día de vacación del pobre Pancho no consistía sino en trepar montañas en busca de edelvocis i otras flores alpinas, en compañía del marido de aquélla, Herr Franz i de su hijo Fredrich, con el fin de aumentar la enorme colección de plantas disecadas en un enorme libro que los dulces esposos suizos formaban desde el tiempo de su noviazgo, constituyendo la famosa colección uno de sus más valiosos tesoros.

Terminado el exámen i obtenido el título, Pancho previa orden de sus padres para la tierna familia suiza, debidamente confirmada por el cónsul, partió a París lleno de entusiasmo e ilusiones i con el secreto temor que suscita siempre la idea de ir por primera vez a esa ciudad llena de mirajes deslumbradores.

Frecuentando los cafés de boulevard, i después de amores fáciles, al contado, conoció al poco tiempo una mujer, que no era ótra

precisamente ni la aventurera ni la *cocotte* oficial, pues tenía de ambas, además de cierta habilidad para la comedia. Pancho se enamoró pronto de ella i ella fingió estarlo de Pancho, a tal punto que el muchacho, cuando menos lo pensó, estuvo ya cogido en la fuerte telaraña tejida con sus besos i sus caricias. Pasearon un poco; un pequeño pero feliz golpe de fortuna en Monte Carlo aumentó a quince mil francos el regalo del papá, de tal suerte que pasaron siete meses felices. Cuando Lianne se dió cuenta de que los fondos iban terminando, se cansó, i un buen día se despidió de Pancho, no sin decirle que la vida era amarga i que tenía que dejarlo adolorida, inventando mil pretexto, entre ellos un viaje urgente con el objeto de visitar a sus parientes que seguramente no existían.

Con esta comedia se hizo regalar mil francos de los pocos que le quedaban. El muchacho lloró i se deseperó pero no había remedio i la separación se efectuó.

—I ¿Nos volveremos a ver algún día?-le preguntó amargado:

—Quién sabe. Talvez en algún país lejano......

en el cine me verás alguna vez, ciertamente díjole ella. Sin más explicación i tomando un auto que decía—debía conducirla a la estación del Ferrocarril del Norte se alejó. Tan vaga respuesta dejó a Pancho desconcertado i al tiempo con una vaga esperanza. Durante los pocos meses que permaneció en París frecuentó el mismo café i todas las noches iba a los cinematógrafos, sin preocuparse de otra cosa que de observar minusiosamente a cuantas mujeres encontraba en ellos. Muchas veces una ligera opresión nerviosa en todo su sér lo estremeció, creyendo reconocerla i más de una ocasión en los intérvalos de luz se levantó, creyendo haber dado con ella, con la que tan fervorosamente buscaba i que tanta amargura había dejado en su alma.

La realidad de la vida, el viaje de regreso i la idea de volver a ver a su familia le hicieron que olvidara a Lianne i pronto se redujo todo a un recuerdo obscuro; i solamente como un sueno lejano aparecía la imagen de la mujer que tanto había explotado su corazón i su bolsillo......

La sociedad i el cariño de la tierruca lo tornaron completamente; conoció i se enamoró de una buena i linda muchacha de su tierra, toda

bondad i felicidad; se casó con ella. Vivían felices en un chalet, mui bien arreglado, en las afueras de la ciudad, con auto a la puerta etc. En fin una vida metódica i agradable.

¡Cuán lejos se sentía del Pancho de París! invitábanlos a tés i a bailes con mucha frecuencia, pues constituían un lujo en los salones él era simpático i mui apreciado i ella poseía todos los encantos sociales: además de ser bonita i elegante cantaba con suprema gracia peteneras i canciones napolitanas.

Una noche de moda en el cine se encontraban los dos admirando una cinta anunciada por la empresa por grandes cartelones. La primera actriz hacía un papel de víctima sentimental derrochando un arte refinadísimo, Pancho la reconoció.... Era ella Lianne! Sus movimientos, su finura eran los mismos; era su misma manera de deshojar las flores cuando fingía estar nerviosa, la misma elegancia al sentarse exhibiendo el precioso arranque de sus piernas calzadas siempre con finísimas medias de seda, i los zapatos Luis V que aprisionaban unos piesecitos de altos empeines, todo con un arte supremo. I gracia a la abstracción de Susana—a si llamaba su esposa—pudo él disimular su emoción, cuando en una escena

culminante, Lianne se entregaba rendida i flecsible a los besos del marido, que por mucho tiempo la había abandonado. Entonces comprendió Pancho el motivo de la respuesta que tanto le había hecho esperar, en otros tiempos, nuevas dichas: «en el cine me verás alguna vez....»

—¡Cómo siente su papel! —esclamó Susana —quizá haya sufrido ella, en realidad, lo que representa.

La función terminaba, i antes de encender las luces Pancho tomó el abrigo de su esposa para cubrirla.

—¿Verdad que entre esas mujeres debe haber muchas mui buenas, Pancho?

Sí—le contestó, cubriéndola i besándola en los hombros perfumados,—pero también las hai mui malas......

NICOLÁS DELGADO E.

Obra que ofrece á Ud. nuestra Biblioteca de Alquiler

De Anunzio, Gabriel.—Las Vírgenes (novela.)
Arreaga, Calatrava, J. T.- Odas. La triste i otros poemas.
Artucio Ferreira, Antonia.-Parnazo Uruguayo
Andrade Coello, Alejandro.—La Tentación. Vorsos en agraz.
Arias R. Augusto.— Poemas Intimos.
Albo, Florencio Eugenio.—Las que no deben amar.
Alánic, Matilde.—La hija de la Sierra.
Ardel, Enrique.—Corazón de Exéptico.
Alas, Leopoldo.— El Sr. i lo demás son cuentos.
Arniches, Francisco.—La sublime inquietud (novela.)
Agote, Luis.—Nerón Los Suyos i su época.
Arlés García, Ginés de.—El retablo del Ensueño.
Erismende Brito, Pedro Gral.—Parnaso Venezolano.
Beldo, Joaquín.—-Moralina.
" "—El alumno interno.

Barrios. Eduardo. —El niño que enloqueció de amor.
Baroja, Pío.—Los Caudillos de 1 850.
" "—El arbol de la ciencia.
Balzac, Honorato de.—El ilustre Gaudissart.
" "—La mujer abandonada.
" "—Petrilla.
" "—Eugenia Grandet.
Becquer, Gustavo A.—Rimas.
Blanco, Fombona R.—Cancionero del Amor Infelíz.
Barriobero i Herran, E.—Como los hombres (novela.)
Brissa José.—Parnaso Ecuatoriano.
Burgos, Cármen de.—En la Guerra.
Bonachea, José.—De la casta de Dn. Quijote.
Bustamante y Ballivian; Enrique.—Autóctonas—Odas Americanas.
Bourges, Elimiro.—Los pájaros se alejaron i las flores caen.
De Barbey Aurevilly F.—La Hechizada.
Boarget, Paul.—Nemesis.
Castelles, Dr. Herminio.—Los Baños del Sol.
Camba Julio.—Aventuras de una peseta.
Carrese, Emilio.—La madre casualidad.
Carrasquilla, Mallarino E.—El carnaval de Lili.

Calderón Escobar, Juan,—Bajo la tapa Comba. [poesías.]
Casal Julián del—Sus mejores poemas.
Carrizo César.—Camino de penitencia.
Caterimeu, Ricardo J. --Madrigales y Elegías
Cálderón de la Barca Pedro D.—La vida es sueño.
Carducci Gioseu.—Nuevas Rimas y Odas Bárbaras.
Cieza de León, Pedro de.—La Crónica del Perú.
Chivert Armando.—Casa Solariega.
Chejon Antón.—Una noche terrible.
" "—La cerilla sueca.
Darío, Rubén.—Para tí.
" "—La vida de Rubén Darío escrita por el mismo.
Daudet, Alfonso.—Cuentos del Limes 2 tomos
" "—Tartarín de Tarascón [novela.]
" "—Fulanita.
" "--Fromont i Rislu.
Dickens Carlos.--La voz de las campanas.
" "—David Copperfiel 2 tomos.
" "—Olivero Tuvist.
Dúmas Alejandro [padre].—Los Médicos.
Diez de Tejada, Vicente, --La Incansable.
Debly, M.—La Canonesita.

Domingo Marcelino.—Alas y Garras:
Donoso Armando.—Parnaso Chileno.
Dostoierosky, Teodoro.—La Pobre Gente.
Dagmino Pastore Lorenzo. En la quietud del Valle.
Endara, Julio.—José Ingenieros y el porvenir de la Filosofía.
Erckmann, Emilio.—Historia de un Quinto de 1.813.
Esquivel Obregón T.—La Constitución de Nueva España i la Primera Constitución de México Independiente.
Farina, Salvador.—El Secreto do una Tumba.
Flores, Julio.—Fronda Lírica.
Frana Anatole.—Thais La Cortesana de Alejandría.
" "—Los Dioses tienen Sed.
Figueira, "Gastón".—La sombra de la Estatua.
" "—En el templo de la noche
Falquez Ampuero Francísco J,—Sintiendo la Batalla.
Falquéz Ampuero, Fco J.—Gobelinos.

(CONTINUARA)

culminante, Lianne se entregaba rendida i flecciblе a los besos del marido, que por mucho tiempo la había abandonado. Entonces comprendió Pancho el motivo de la respuesta que tanto le había hecho esperar, en o[illegible] nuevas dichas: «en el cine me v[illegible] vez....»

—¡Cómo siente su papel! —escl[illegible]

—quizá haya sufrido ella, en rea[illegible] representa.

La función terminaba, i antes [illegible] las luces Pancho tomó el abrigo [illegible] para cubrirla.

—¿Verdad que entre esas mujeres debe haber muchas mui buenas, Pancho?

Sí—le contestó, cubriéndola i besándola en los hombros perfumados,—pero también las hai mui malas......

NICOLÁS DELGADO E.